

—Soy Francisco Augusto de Chateaubriand.

—¡Cómo! Pero los muertos ¿pueden quebrantar las leyes eternas de Dios? ¿Pueden volver á habitar esta tierra de dolores? Si está decretado que yo deba contribuir con mis esfuerzos insignificantes á la mejora de la humanidad; si Dios ha permitido que salgáis del sepulcro para amonestarme, para advertirme, hablad, ¿qué rumbo deberé seguir, qué modelo imitar? Pero la voz parecía haber espirado para siempre en los labios del aparecido, que comenzó á alejarse hacia el bosque. Hice un violento esfuerzo para seguirle, y entonces desperté: conocí que todo había sido un sueño.

Era el alba. Se oía el canto de los pájaros, el confuso rumor del mundo que despierta á la luz de un nuevo día de verano. Me incorporé en mi lecho y dirigí la vista á mi alrededor. Un rayo de sol penetrando luego por las rendijas de la ventana, iluminaba las páginas de un libro puesto sobre la mesa al lado de mi lecho.

Este libro se titulaba "El Genio de Cristianismo."

1853.

JOSE.



JOSE.

I

Jacob había tenido de Raquel dos hijos, el mayor de los cuales se llamaba José y el otro Benjamín. Amaba á José, como ya hemos dicho, por haberle engendrado en su vejez, y le hizo una túnica de diversos colores. Pero José había acusado á sus hermanos de una mala acción que cometieron en su presencia, y con ello se atrajo su odio, aumentado por la predilección de Jacob, que les causaba envidia, y por la superioridad que reconocían en José.

Cierto día explicó éste á sus hermanos un sueño que había tenido, y que no era sino la revelación de los destinos futuros de uno y otros. "Parecíame, les dijo, que estábamos atando ga-

JOSE

villas en el campo, y como que mi gavilla se alzaba y se tenía derecha, y que vuestras gavillas, puestas en derredor, adoraban la mía.” ¿Acaso, replicaron sus hermanos, has de ser tú nuestro rey; ó, por ventura, hemos de estar sujetos á tu dominio?” Todavía tuvo José otro sueño, y lo refirió á su padre y sus hermanos. “He visto, dijo, entre sueños, como que el sol y la luna y once estrellas me adoraban.” Reprendióle Jacob con estas palabras: “¿Qué quiere decir ese sueño que has visto? ¿Por ventura, yo y tu madre y tus hermanos postrados en tierra te habremos de adorar?”

Hallábanse los demás hijos de Israel en el territorio de Siquem, apacentando los rebaños de Jacob, y José fué á verles por encargo del anciano para examinar el estado de las ovejas; mas apenas le descubrieron á alguna distancia cuando, renovándose su odio, quisieron matarle. “Matémosle, decían, y échémosle en una cisterna vieja; diremos que una fiera le devoró, y entonces se verá de cuán poco le sirven sus sueños.” Rubén se esforzaba por libertarle la vida, y propuso que sin hacerle daño alguno se le encerrase en una cisterna seca del desierto, de donde tenía el intento de sacarle en ausen-

cia de los demás. Apenas llegó José cuando le despojaron de su túnica talar, metiéronle en la cisterna seca y por veinte siclos de plata vendieronle después á unos israelitas que con sus camellos cargados de aromas, bálsamo y mirra destilada iban en caravana hacia el Egipto, donde condujeron á José y, á su vez, le vendieron á Putifar, valido de Faraón y capitán de sus guardias.

Rubén, que había estado ausente mientras tuvo lugar la venta de José, volvió á poco á fin de sacarle de la cisterna, pero, no hallándole, preguntó por él á sus hermanos quienes tuvieron con la sangre de un cabrito la túnica de la víctima y la enviaron á Jacob, significándole de este modo que José había sido devorado por las fieras. Al reconocer el anciano los vestidos de su hijo, rasgó sus propias vestiduras, vistióse de cilicio y lloró sin admitir los consuelos de su familia, y exclamando: “Descenderé deshecho en lágrimas al sepulcro, á reunirme con mi hijo.”

II

Entretanto José, por medio de su actividad y de su acierto, llegó á poseer la confianza de Putifar, quien le confió el gobierno de su casa y hacienda: ésta prosperó bajo la dirección de tan hábil administrador; pero el israelita era de hermoso rostro y gallarda presencia, y despertó ilícitos deseos en la mujer del amo, quien solicitó en vano á José y le calumnió cerca de su marido para tomar venganza de su desaire. Putifar puso á José en la cárcel, donde á poco logró ganar la confianza del alcaide, porque el Señor le asistía y dirigía todas sus acciones. Hallábanse entre los presos el copero mayor y el principal panadero del rey de Egipto, quienes tuvieron en una misma noche distintos sueños, que sujetaron á la interpretación de José. El copero vió delante de sí una vid que tenía tres sarmientos, y creció insensiblemente hasta echar botones, flores y uvas. El copero tenía la copa de Faraón en su mano: cogió las uvas, esprimiólas en la copa y la sirvió al rey. José le dijo: "Los tres sarmientos significan tres días, pasados los cuales, Faraón se acordará de tí y te restablecerá en tu

antiguo ministerio. Yo te pido que te acuerdes de mí en el tiempo de tu prosperidad y me tengas compasión, interesándote con el rey para que me saque de la cárcel." El jefe de los panaderos soñó que llevaba sobre la cabeza tres canastillos de harina, y en el canastillo de encima había toda especie de viandas, que las aves llegaban á comer. José le dijo á su vez: "Los tres canastillos son tres días que te quedan de vida: al cabo de ellos Faraón te cortará la cabeza y te colgará en una cruz, y las aves despedazarán tus carnes." Las interpretaciones de José llegaron á cumplirse fielmente. Tres días después se celebraba el cumpleaños de Faraón; este rey dió un convite á sus cortesanos y en él se acordó del copero mayor y del jefe de los panaderos: restituyó al primero en su oficio y al segundo le hizo morir en un patíbulo. Mas el copero, cuando se vió de nuevo en la prosperidad, no volvió á recordar al intérprete de su sueño, y José todavía permaneció dos años en la cárcel.

El monarca egipcio, al cabo de este tiempo, llegó á tener un sueño sumamente raro. Parecióle hallarse en las orillas del Nilo y que del río salían siete vacas hermosas y robustas y se po-

nían á pacer en los pantanos de la ribera; pero á poco salieron asimismo del río otras siete vacas feas y escuálidas, que también se pusieron á pacer en la ribera, y acabaron por comerse á las anteriores. Despertó Faraón sin poderse explicar aquello, y, volviendo á dormirse, vió siete espigas que brotaban de una misma caña, llenas y hermosas; otras siete espigas nacían de otra caña, menudas y tostadas por el viento abrasador del desierto, y las cuales devoraban toda la lozanía de las primeras. Volvió á despertar Faraón despavorido, y, tan luego como llegó el día, hizo llamar á todos los adivinos egipcios y á todos los sabios: explicóles el sueño y no había quien lo interpretase. Entonces el copero se acordó de José, refirió sus interpretaciones, é indujo al rey á llamarle. Sacaron á José de la cárcel, cortáronle el cabello, mudáronle el vestido y, puesto en la presencia del rey, explicóle así el sueño: “Las dos visiones significan una misma cosa: lo que Dios ha de hacer, lo ha mostrado á Faraón. Las siete vacas hermosas y las siete espigas llenas son siete años de abundancia; las siete vacas escuálidas y las siete espigas tostadas y ruines, son siete años de hambre, que vendrán en pos de

los primeros. Tu sueño se cumplirá de este modo: vendrán primeramente siete años de fertilidad en toda la tierra de Egipto, á los cuales sucederán otros siete años de tanta esterilidad, que hará olvidar toda la anterior abundancia, por cuanto el hambre ha de asolar toda la tierra y la extremada carestía se absorberá la extraordinaria abundancia. La repetición de tu sueño denota la certidumbre de que la palabra de Dios tendrá efecto y se cumplirá cuanto antes.”

José aconsejó á Faraón que eligiese un varón sabio y activo y le diese autoridad en todo el Egipto á fin de establecer intendentes en las provincias y recoger en los graneros la quinta parte de los frutos durante los siete años de fertilidad, á disposición del rey, quien nombró para el desempeño de tal encargo al mismo José, entregándole su anillo, vistiéndole un traje talar de lino finísimo, poniéndole un collar de oro, y nombrándole su favorito y su segundo en el reino. Hízole, además, recorrer las calles en una de sus mismas carrozas, y llevando un heraldo que hiciese saber que José quedaba constituido gobernador de toda la tierra de Egipto. Dijole el rey: “Sin tu orden nadie ha de mover pie ni mano en

toda la región de Egipto." Mudóle el nombre, llamándole en lengua egipcia Salvador del mundo; dióle por mujer á Aseneth, hija de un sacerdote de Heliópolis, y José salió de la corte á visitar los dominios de Faraón. Entonces contaba José treinta años de edad.

III

Llegaron los siete años de fertilidad y abundancia, y el quinto de las cosechas fué recogido en los graneros del rey. La copia de trigo fué tal, que igualaba á las arenas del mar y excedía á toda medida. Por este tiempo le nacieron á José dos hijos; puso por nombre al primogénito Manassés, que significa: "Dios me ha hecho olvidar de todos mis trabajos y de la casa de mi padre;" llamó al segundo Ephraim, que quiere decir: "Dios me ha hecho prosperar en la tierra donde entré pobre y esclavo."

Comenzaron los siete años de carestía profetizados por José, y el hambre affligió á todo el mundo y hasta á los egipcios, que habían tenido cosechas anteriores abundantísimas. De los países distantes acudían á comprar

provisiones, y como éstas faltaban asimismo en Canaam, Jacob envió á diez de sus hijos, quienes se prosternaron ante José y le adoraron sin conocerle. El sí les conoció, y habló ásperamente, como á extraños, preguntándoles de dónde venían. Respondieron que de la tierra de Canaam, y José les dijo: "Sois espías que habéis venido á reconocer los puntos menos fortificados de Egipto." Los hermanos aseguraron que sólo habían venido á comprar trigo, que eran hijos de un mismo padre y que no maquinaban maldad alguna. "Somos siervos tuyos—añadieron,—doce hermanos, hijos de un mismo padre, en la tierra de Canaam; el más joven queda con nuestro padre; el otro ya no existe." José insistió en que eran espías, y dispuso que para probar lo contrario volviesen á Canaam á llevar los víveres y le trajesen al hermano menor, quedando entretanto preso uno de ellos. Los hermanos se decían entre sí: "Justamente padecemos por haber pecado contra nuestro hermano, y porque al ver las angustias de su alma, cuando nos rogaba queuviésemos compasión de él nosotros no le escuchamos; por eso nos ha sobrevenido la actual tribulación." Rubén dijo entonces: "¿Por ventura, no os dije aque-

lla vez: “no cometáis ese crimen contra José”, y no hicisteis caso? Mirad cómo Dios nos demanda su sangre.” Ellos no sabían que José les entendía, pues hablaba por medio de intérprete. José se apartó de sus hermanos para llorar, vencido por su enternecimiento. En seguida hizo prender á Simeón, dispuesto que los costales fuesen llenos de trigo, y que en cada uno de ellos se colocara el dinero de cada uno de los hermanos y que se les proporcionara víveres para el camino.

Los israelitas llegaron á Canaam y refirieron á Jacob lo acaecido: al vaciar los granos, hallaron atado el dinero en la boca de los costales y quedaron asombrados de ello. Dijoles Jacob, al saber la pretensión del señor egipcio, respecto del único hijo que le quedaba de Raquel: “Vosotros me habéis dejado sin hijos. José ya no existe; Simeón está en cadenas y todavía queréis quitarme á Benjamín.” Respondióle Rubén: “Quita la vida á mis dos hijos si yo no te le volviere; entrégamele á mí que yo te lo restituiré.” Jacob, sin embargo, insistió en su negativa, diciendo: “No irá mi hijo con vosotros; su hermano murió, y sólo ha quedado éste; si le acaeciere algún desastre en el país á donde váis, precipi-

taréis con la pesadumbre mis canas en el sepulcro.”

Pero el hambre aflagia cruelmente á toda la tierra, y los víveres llevados de Egipto se habían consumido en el país de Canaam. Jacob, aunque con mucha repugnancia, cedió á las súplicas de sus hijos y consintió en que volviesen á Egipto por más trigo, llevando á Benjamín para satisfacer el deseo del ministro de Faraón. A fin de tenerle propicio, dispuso que le llevaran vasijas con los mejores frutos de Canaam, resina ó bálsamo, miel, estoraque, mirra, terebinto y almendras; dispuso asimismo que devolvieran al egipcio las monedas que hallaron en los sacos al llegar del primer viaje. Los hermanos bajaron al Egipto y se presentaron á José, quien les detuvo en su casa y preparó un banquete en su obsequio. Atemorizados ellos por su detención, acudieron al mayordomo manifestándole los regalos que traían á su señor y queriendo devolverle las monedas halladas en los sacos de trigo; pero el mayordomo procuró disipar sus temores, se negó á recibir el dinero y les presentó libre á Simeón, que era quien había quedado en rehenes.

Cuando José entró en su casa, sus hermanos le ofrecieron los presentes

que traían, y, postrados en tierra, le adoraron. El les preguntó con afabilidad: “¿Goza de salud vuestro anciano padre de quien me hablásteis? ¿Vive todavía? Los israelitas respondieron: “Goza de salud vuestro siervo nuestro padre, y aún vive.” José detuvo los ojos en Benjamín, su hermano uterino, y volvió á preguntar: “¿Es ese vuestro hermano el pequeño de quien me hablásteis?” Y añadió, dirigiéndose á Benjamín: “Dios te dé su gracia, hijo mío.” Pero, como se le conmoviesen las entrañas á la vista de su hermano, y sus lágrimas estuviesen á punto de saltar, encerróse en su gabinete y prorumpió en llanto.

 IV.

En el convite dado por José, fueron dispuestas tres mesas; la primera para el mismo José, la segunda para sus hermanos y la tercera para los convidados egipcios, pues á éstos no era lícito comer con los hebreos. Los hermanos se colocaron por el orden de sus edades, desde el primogénito hasta el último, á quien tocó la mejor parte del banquete. Cuando hubo terminado,

José mandó á su mayordomo que llenase de trigo los costales, poniendo en ellos el dinero que los hermanos habían pagado, y que en el costal del más mozo, esto es, de Benjamín, pusiese además la copa de plata de su propio uso. Hízose así, y al rayar el alba del día siguiente fueron despachados con sus cargas respectivas. Cuando iban ya distantes de la ciudad, les alcanzó el mayordomo de José, diciéndoles: “¿Cómo habéis pagado el bien que se os hizo con tamaña ingratitud, hurtando la copa de mi señor?” Los hermanos, asombrados, protestaron al mayordomo su inocencia, añadiendo: “El dinero que la otra vez hallamos en la boca de nuestros sacos, te lo trajimos desde la tierra de Canaam; ¿cómo es posible que hayamos robado oro ni plata de la casa de tu amo? Cualquiera de tus siervos en cuyo poder se hallare la copa, muera, y nosotros quedaremos de esclavos.” El mayordomo dijo que aquel en cuyo poder apareciera la prenda robada, quedaría de esclavo suyo, y que los demás serían libres. Descargando y echando en tierra los sacos, cada cual abrió el suyo, y en el de Benjamín apareció la copa. Los hermanos rasgaron sus vestidos, cargaron de nuevo los jumentos y vol-